

de habitantes en el que la mayoría de la población conoce más de una de las treinta y tres lenguas que se hablan. Además del portugués, que es lengua oficial aunque usada exclusivamente por un 25% de la población, existen ocho lenguas nacionales más con sus variantes y dialectos. Este dato ayuda a entender esta idea de mezcla que Mia Couto tiene de sí mismo y de su identidad cultural y, al mismo tiempo, facilita el acercamiento a un texto que sorprende principalmente por su libertad gramatical y morfosintáctica y por la espontaneidad de un léxico mucho más próximo a la oralidad que a la escritura. Conscientemente, el autor se esmera en resaltar esta peculiar característica del portugués africano y aquí es donde hay que decir que la traducción castellana dista de estar al nivel del alto valor literario y lingüístico del texto original. Desde la conciencia del grado de dificultad y entendiendo las singulares circunstancias de Mozambique, la versión, entre otros aspectos, no consigue comunicar la vitalidad expresiva de Mia Couto ni encontrar el tono en castellano equivalente al ámbito de

la oralidad en el que se sitúa el autor africano.

Tierra sonámbula es un viaje hacia un encuentro, es un recorrido impreciso por un espacio geográfico en el que se mezclan la realidad y la ficción, el presente y el pasado, la vida y la muerte. La novela de Mia Couto es un relato compuesto de múltiples relatos, al estilo de los contadores de historias africanos que el autor escuchaba en su infancia, dotada de una gran fuerza lírica y una suave ironía. Desde lo que parece ternura e ingenuidad no evita mostrar la realidad desgarradora de un país donde el hombre demuestra ser capaz de adaptarse a las situaciones más extremas y vive acostumbrado a la convivencia íntima con la muerte. Alguien que camina hacia ninguna parte, que no pertenece a ningún lugar y que no tiene más que los sueños y los relatos escuchados como únicos elementos para confirmar la propia existencia, es la metáfora de África que desprende *Tierra sonámbula* en su recorrido de búsqueda de una identidad y un pasado ignorados.

Isabel Soler

La máscara y el rostro*

Después de más de cuatro años desde que estalló el movimiento armado del EZLN en el estado mexicano de Chiapas, han sido múltiples los trabajos que han aparecido teniendo como protagonista alguna parte del conflicto chiapaneco. En general, muchos de ellos han intentado subirse al carro de la atención que indudablemente el conflicto, especialmente su líder, ha despertado entre la opinión pública mexicana e internacional. El vértigo propio de la noticia periodística, las prisas por ser el primero en aportar una explicación, unido a algunos de los fenómenos y características del movimiento zapatista y de su portavoz que De la Grange y Rico analizan en su libro, han hecho que en numerosas ocasiones muchas de estas obras muden sus supuestos argumentos explicativos por apolo-gías, más o menos veladas, del Subcomandante Marcos. Más raras eran las referencias al resto de los líderes

que acompañan a Marcos en el viaje de su *Realidad* –una de las principales zonas de control zapatista– a la otra realidad, compartida por más de noventa millones de mexicanos; o las alusiones realizadas a las comunidades implicadas fuera de aquellas que las otorgan el papel de huestes idealizadas, casi sin rasgos humanos o sociales, y englobadas bajo un denominador común de indígenas.

En esta ocasión, desde el primer momento las posibilidades que los autores dejan al lector para dudar de la temática del trabajo o de las líneas por las que éste transcurrirá son pocas. De la Grange y Rico, ambos con experiencia en la brecha informativa, eligen uno de los vectores posibles y con garantía de audiencia para introducirnos en el complicado escenario chiapaneco. Con esta elección, el prisma de la observación se reduce, fundamentalmente, al conflicto armado protagonizado por el EZLN y dirigido –casi sin lugar a dudas tras la lectura de la obra– por el Subcomandante Marcos o Rafael Guillén. Esta elección sirve bien a los intereses de los autores aunque, con ello, se discriminan parte de las facetas que se esconden en las profundidades de la Selva Lacandona y en sus alrededores y que superan la fecha del primero de enero de 1994. Una mayor atención a esta multiplicidad de procesos hubiera contestado a una de las preguntas que los autores se

* Bertrand De la Grange y Maite Rico, Subcomandante Marcos: La genial impostura, *El País-Aguilar, Madrid, 1988, 472 pp.*

hacen y que cualquier lector espera resolver al final de la obra ¿Por qué la rebelión había tenido lugar en Chiapas antes que en los estados de Guerrero y Oaxaca, que tienen una larga tradición de lucha y donde las condiciones de la población indígena son igualmente dramáticas, si no más? El resultado final se tiene que acumular en el debe de los corresponsales de *El País* y *Le Monde*.

Los capítulos giran alrededor de la figura de un Rafael Guillén, —nombre verdadero del Subcomandante Marcos—, que a lo largo de libro va ocultando-mostrando, según donde nos situemos mentalmente, la nitidez de sus rasgos humanos detrás-delante de una capucha negra. De igual forma, De la Grange y Rico documentan la acentuación de elementos tempranos en su personalidad que saltarán al ciberespacio después de la sublevación zapatista. En ambos procesos, los autores evidencian los escalones por los que Rafael Guillén transita hasta llegar a ser el Subcomandante Marcos. Poco o nada tiene que ver la *genial impostura* con la imagen proyectada por el mismo *Sub*, más cercana a un Che Guevara postmoderno —con el que los autores no dejan de compararle— comprometido con sus hermanos indígenas, adalid contra el neoliberalismo y terror de las injusticias en sus múltiples formas, que a un hombre con filias y fobias, alejado del mito, pero deseoso de incorpo-

rarse al panteón de los revolucionarios internacionales. Los trechos del sendero por el que camina Rafael están lleno de lugares comunes en los movimientos guerrilleros, traiciones, ajuste de cuentas, estrategias, dificultades en el reclutamiento y, sobre todo, una profunda ortodoxia ideológica marxista propia de unos tiempos en los que el Muro de Berlín todavía no había caído. En un proceso de deconstrucción en el que los autores no escatiman críticas al conjunto del sistema y de los actores políticos mexicanos, incluida la intelectualidad, el Subcomandante Marcos de De la Grange y Rico abandona los lugares de la *cuasi* mitología y se adentra en el terreno más humano de la política, algo que agradecerán aquellos que busquen explicaciones y no dogmas de fe en el actual fenómeno chiapaneco. Menos afortunadas son las impresiones que los lectores se llevarán de la visión de conjunto del sistema político al que los autores prefieren aplicar la peculiaridad en vez de ensayar explicaciones sustentadas en las diferencias que existen en las culturas y prácticas políticas de un país y de otro. Rastrear en ellas, aclararía más las razones del movimiento insurgente y lo que es más importante, sus consecuencias.

A pesar de ello, se reconoce un rasgo de genialidad en el fingimiento o engaño, que al fin y al cabo es lo que significa impostura, desarrollado por Marcos. Una genialidad

que incluso llegó a sorprender a la propia Iglesia católica, con muchos más años de experiencia sobre el terreno, y con la que se dieron y dan relaciones complementarias, conscientes ambos, Marcos e Iglesia, de disputarse una misma audiencia, como lo muestra el trabajo de los autores.

Pero la genialidad, mezclada con alguna dosis de decepción y desencanto, hace su entrada en la última parte de la obra. Allí es cuando la impostura resulta más genial y se cargan las tintas sobre las capacidades de Marcos y se olvidan las razones que explican que se sienta la misma fascinación por el líder en Australia y en Noruega. Desde las profundidades de un vergel selvático, frontera entre la civilización y la naturaleza, la multiplicidad de los códigos lingüísticos manejados por Marcos apelan a los conflictos provocados por los ideales de la modernización y del desarrollismo. Por un tiempo limitado, algo fundamental para entender el éxito, la naturaleza invade la ciudad de la mano de una ambigüedad —es blanco y vive con los indígenas, es culto y vive alejado de los centros culturales, lleva armas y habla de paz, entre otros muchos binomios— que explica los acontecimientos en

códigos binarios, fácilmente comprensibles. Sus palabras, sus gestos e incluso su estética, potencian estereotipos que permiten la comunicación entre elementos dispares. En frases como la de *Todos somos Marcos* entramos todos. En este caso, la impostura se centra en que en ese *Todos* no se acepta la diversidad como muestran las presiones y persecuciones a las que son sometidas las comunidades no zapatistas por parte de los integrantes del EZLN y que son recogidas por los autores al final de la obra. En su intención de desenmascarar al Sub, De la Grange y Rico también desenmascaran a las comunidades indígenas y las quitan esa concepción virginal, habitual en las obras hasta la aparición de la *genial impostura*, acercándolas al territorio de lo humano. Paradójicamente, los autores han confeccionado un discurso alternativo a una *Realidad* que nació reclamando para sí esa característica frente al desgastado discurso oficial. En ese proceso, los principales actores se quitan la máscara por un momento, esperemos que sirva para que algunos abandonen los dogmatismos que dominan en las discusiones sobre Chiapas.

Pedro Carreras López